



Los milagros de Jesús



Hay lugar para todos

La mayoría de nosotros necesitamos demostrar que “valemos” como personas.

Necesitamos demostrarlo frente a los demás, pero fundamentalmente necesitamos convencernos a nosotros mismos.

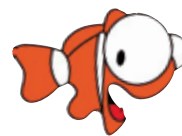
A quienes se creen más de lo que son los consideramos “enfermos”. Pero la mayoría tenemos una imagen demasiado baja de nosotros mismos e intentamos persuadirnos de que valemos más de lo que creemos.

La pedagogía de Jesús va encaminada a que cada uno reconozca su auténtico valor. Y para ello no hace falta “agrandarse”... basta con verse con la mirada de Dios.

Y en el Reino de Dios hay lugar para todos. Él hace salir el sol sobre buenos y malos y caer la lluvia sobre justos y pecadores.

No es que todo valga. Pero capaz que haya que cambiar nuestra forma de vernos y valorarnos.

La Palabra de Dios



Juan relata este milagro al final de su evangelio:

Jesús se apareció otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Sucedió así: estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Ellos le respondieron: «Vamos también nosotros». Salieron y subieron a la barca. Pero esa noche no pescaron nada.

Al amanecer, Jesús estaba en la orilla, aunque los discípulos no sabían que era él. Jesús les dijo: «Muchachos, ¿tienen algo para comer?». Ellos respondieron: «No».

Él les dijo: «Tiren la red a la derecha de la barca y encontrarán». Ellos la tiraron y se llenó tanto de peces que no podían arrastrarla.

El discípulo al que Jesús amaba dijo a Pedro: « ¡Es el Señor!»». Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se ciñó la tú-

nica, que era lo único que llevaba puesto, y se tiró al agua. Los otros discípulos fueron en la barca, arrastrando la red con los peces, porque estaban sólo a unos cien metros de la orilla.

Al bajar a tierra vieron que había fuego preparado, un pescado sobre las brasas y pan. Jesús les dijo: «Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar».

Simón Pedro subió a la barca y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: eran ciento cincuenta y tres y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió.

Jesús les dijo: «Vengan a comer». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: « ¿Quién eres?», porque sabían que era el Señor. Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, e hizo lo mismo con el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús resucitado se apareció a sus discípulos.

(Jn 21, 1-14)



RENUNCIAR A LO SABIDO



Eran pescadores desde la infancia. Habían sufrido la decepción de la muerte de Jesús. Eso significaba la muerte de muchas de sus esperanzas.

Retornan a su antiguo trabajo. De nuevo sienten la decepción y el fracaso.

Vaya usted a saber por qué se fían de la palabra de un “desconocido” y lanzan las redes al lado de la barca de que les indica.

En los últimos tres años han visto cosas extrañas... dejan de lado su vieja sabiduría de pescadores, lanzan las redes y consiguen una pesca inesperada.

Vuelven al pasado, pero del “Maestro” han aprendido que apostar por lo nuevo puede resultar fecundo. Y no quedan defraudados

ERAN 153 PECES



En aquellos tiempos y en tierras de Galilea se creía que la cantidad de especies de peces era 153.

Por eso el número que Juan pone en su evangelio como resultado de la pesca no es casual.

Su intención es clara: todos los tipos de peces –todos los tipos de personas- tienen cabida en las redes de los apóstoles –tienen cabida en el Reino de Dios-.

Dios no excluye a nadie. Todos son objeto de su amor misericordioso. Todos están –estamos- llamados a participar de la felicidad y la vida plena.

De cada uno dependerá si quiere entrar en ese proyecto de Dios.

Todos tenemos nuestro espacio en el corazón de Dios. Y de cada uno depende entrar o quedarse afuera.

La decisión está en nuestras manos y el camino lo marcó Jesús: camino que hay que recorrer en el amor y que Él lo recorrió primero hasta sus últimas consecuencias.

Se lo había dicho unos días antes: “No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy sabéis el camino”.

Tomás le dice: “Señor no sabemos dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?”

Y Jesús le responde: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

(Jn 14, 1-6)

No hay lugar para la exclusividad

Una de las tentaciones que se repiten en casi todas las religiones es la de la “exclusividad”: sólo nosotros tenemos la verdad, sólo nosotros llevamos a la salvación.

Como si nosotros, desde nuestra limitada humanidad pudiéramos manejar la inmensidad del amor y la misericordia divina.

Alguien comparó la religión que practicamos cada persona con la lengua materna.

Todos aprendimos una lengua, un idioma que nos transmitieron nuestros padres, no es la única,

pero es la que a mí me permite comunicarme con los demás. Si me hubiera faltado no habría sido capaz de comunicarme ni de aprender otras lenguas.

Todos tenemos una “religión materna” que nos permite relacionarnos con Dios y nos aporta valores éticos para relacionarnos con los demás. No es la única. Pero desde ella nos podemos abrir a otras religiones y crecer en nuestra relación con Dios y con los demás.

Dios no es propiedad de nadie.



Como mucho podríamos aceptar que nosotros somos “propiedad” de Dios.

Superar el sentido de exclusividad es lo que nos abre a una visión misionera de la fe y la religión respetuosa con otras “religiones maternas”.

Superar el “yoísmo”

Poner el “yo”, lo que yo pienso, lo que yo creo, lo que yo hago como norma que debería ser válida para todos los seres humanos sería una de las formas más aberrantes del egoísmo.

Pero inconscientemente lo hacemos con frecuencia.

También en el ámbito de lo religioso.

Abrirnos a la diferencia y a la diversidad pone en cuestión algunas de las convicciones más profundas de nuestro yo.

Aceptar que Dios tiene lugar para todos, no sólo para los de nuestro grupo religioso, pone en cuestión algunas de las bases sobre las que se ha fundado nuestra religión a lo largo de los siglos.

Sin embargo nos abre al mensaje de Jesús.

La dimensión misionera de la Iglesia tiene como una de sus tareas romper nuestra cerrazón mental. Abrirnos a los demás. Ayudarnos a descubrir que de todo hombre o mujer tenemos algo que aprender, ya que todos fuimos creados a imagen de Dios.

Dios es más grande que yo.



Para trabajar personalmente y en grupo

Una visión exclusivista de la religión y de la fe nos hace sentirnos “superiores” a los demás, pero en realidad empobrece nuestra experiencia de Dios.

- ✓ ¿Por ser cristianos o católicos nos sentimos poseedores de la verdad? ¿Qué capacidad de escucha tenemos frente a la experiencia religiosa de otros?
- ✓ ¿Tenemos una real actitud de diálogo? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a que otros cambien nuestros puntos de vista religiosos?
- ✓ ¿Reconocemos que nuestro lenguaje y expresión religiosa tiene sus límites? ¿Qué nos impide descubrir la “religiosidad materna con sus valores y sus límites”?